

Capítulo 60 - Video Familiar del Carrousel - El Juego en el Carrousel: Una Película de Horror LitRPG

- Capítulo 60 - Video Familiar del Carrousel - El Juego en el Carrousel: Una Película de Horror LitRPG

Capítulo 60 - Video Familiar del Carrousel - El Juego en el Carrousel: Una Película de Horror LitRPG

El Video Familiar del Carrousel, a pesar de afirmar ser una tienda para toda la familia, era enorme, pero nunca perdió su encanto.

Al entrar, fui golpeado por una muralla invisible de nostalgia que no me pertenecía. Por mucho que disfrutaba viendo películas de horror clásicas durante mi niñez, había quedado unos años atrás en la era del alquiler de videos.

Claro, cuando era niño, mi abuelo solía escoger algunas películas para mí, casi siempre escondiéndolas en mi mochila cuando mis padres no estaban mirando. Pero cuando vivía con mis abuelos, la mayoría de mis películas las compraba en línea, en grandes cajas de VHS y DVDs variados, que luego repartían uno a uno cada semana o cada cierto tiempo como recompensa por hacer mis deberes, cumplir con los quehaceres, o tal vez solo cuando me veía triste.

Pero aquí había una enorme tienda, del tamaño de un supermercado, con dos plantas—una arriba y otra abajo—todas dedicadas a las películas, específicamente VHS. No había DVDs en ningún lado.

Eso debía ser una elección estilística.

Clientes y empleados llenaban el lugar, simplemente mirando y de vez en cuando revisando alguna película. Como el Atlas había sugerido, no había presagios en la tienda ni objetos propios de tópicos de horror. Cualquier peligro que pudiera haber aquí era verdaderamente desconocido.

Al entrar, Antoine sostuvo en alto el crybaby, como si fuera un talismán de importancia religiosa, señalándolo en diferentes direcciones, esperando que comenzara a llorar, pero su pequeño llanto robótico nunca se escuchó.

Debimos parecer idiotas.

Teníamos un plan para hacer las cosas, y ese plan incluía visitar una ferretería local—una de esas antiguas de los años 20, donde decías lo que querías a un dependiente y él iba a buscarlo—para comprar una cuerda.

Resultó que la cuerda que nos trajeron tenía un tropo muy interesante llamado Sin Mala Nudo. Este tropo hacía que la cuerda se enredara alrededor del cuello de su víctima durante La Primera Sangre, La Segunda Sangre o La Batalla Final, formando un lazo improvisado, completamente accidental. La persona caía, su cuello se rompía (o parecía que se rompía), ese tipo de cosas.

Me reí cuando el dependiente nos la entregó porque había visto ese tropo en innumerables películas, incluso en Tarzán. Era un tema muy serio, pero al final del día, siempre me hacía gracia reconocer un tropo de las películas que había visto, y eso pasaba muy a menudo en Carousel.

No necesitábamos la cuerda para estrangular a ningún villano—o incluso a otro bueno, porque serviría para cualquiera que se enredara en ella. La necesitábamos para ayudarnos a mantener al grupo unido.

Cuando entramos en la tienda de videos, cada uno tenía la cuerda atada de alguna forma. Yo simplemente la pasé por unos segundos a través de mis trabillas del pantalón, igual que la mayoría con jeans. Otros tuvieron que ser más creativos, pero así decidimos solucionar nuestro problema de posibles desapariciones: literalmente, nos atamos unos a otros.

Afortunadamente, ninguno de los clientes parecía preocupado porque estuviéramos atados, aunque juraría que vi a algunos NPCs sofocar una risita mientras nos miraban. Algunos incluso nos miraron fijamente.

Al igual que con los cascos de bicicleta, si no te sientes ridículo, entonces no has tomado suficientes precauciones.

Después de que todos logramos entrar en la tienda, simplemente nos miramos y nos reímos porque era una situación tan absurda.

Estábamos tan asustados de ese lugar que parecía tan normal—casi más normal que cualquier otro en Carousel—porque no había presagios, y si no te fijabas en las cosas, simplemente parecía una tienda común y corriente.

Parecíamos una escena de La caída.

Tuve que despejar mi mente y ponerme en orden.

Estábamos allí para encontrar una película con el hombre lobo que un payaso asesino había dibujado para nosotros—la que había matado a Logan y a Avery. No estábamos allí para pasear en general, pero me resultaba muy difícil aclarar mi mente porque este lugar era tan emocionante.

Me di cuenta de que, debido a Kimberly, los demás no parecían estar tan asombrados como yo.

—Riley, estás sonriendo—dijo en cuanto me vio bien a lo lejos.

Me encogí de hombros y respondí:—¿Qué puedo decir? Este lugar es increíble.

—Él está en su hábitat natural—dijo Antoine—. Muy bien, todos, revisen las takutletas. Necesitamos asegurarnos de que Riley esté asegurada.

¿Realmente sonreí tan pocas veces que eso fuera motivo de alarma?

—Escuchen—continuó Antoine, reiterando el plan que habíamos establecido los jugadores más astutos. Él era el Fred de nuestro grupo.—Vamos en grupo. Revisaremos cada fila varias veces. No hay prisa. Asegúrense de examinar bien cada película que pueda tener un hombre lobo. No necesito decirles lo peligroso que es una amenaza desconocida, así que—

La breve charla de Antoine fue interrumpida por el grito de alguien desde el fondo de la tienda. No fue un grito de miedo ni de herida—gritaban un nombre.

—¡Kimberly Madison!—llamaron desde el otro lado, y entonces un hombre de unos veinte años, vestido con una sudadera roja y un cordón, corrió hacia nosotros.

—¡Eres tú en realidad!—dijo acercándose al grupo. En su cartel en el fondo rojo estaba su nombre: Gus—solo Gus, sin apellido—y tenía la protección típica de un personaje no jugable, como uno regular.

Su cabello era largo, pero no tanto como el mío empezaba a crecer. Parecía un nerd típico—el demasiado entusiasta, no el malhumorado como yo.

Primero estábamos en silencio porque esto era algo que nunca ocurría fuera de una historia, a menos que fueras atacado por un Omen.

—¿Te conozco?—preguntó Kimberly.

Él se rió incómodo.—Por supuesto que no me conoces—dijo—pero yo te conozco. Tengo tu cartel colgado en la pared trasera. Históricamente, se volvió a mirar y buscó un lugar, señalando con el dedo, y, efectivamente, allí estaba una cartel de Kimberly. Era de La Fundición—solo un cartel de personaje, como los que se ven en el fondo rojo.

—Solo quiero decir que soy una gran fan. He visto todo en lo que has participado—dijo—. Adelante, pregúntame lo que quieras sobre toda tu carrera, y te lo diré.

Honestamente, me sorprendió ese tipo de atención por parte de un NPC fuera de una historia, pero Kimberly respondió mucho más rápido, así que tenía una pregunta.

—¿Cómo empecé como actriz?—preguntó, no con verdadera curiosidad, sino como si solo estuviera tanteando el terreno para ver qué tan meta iba a ponerse aquel tipo.

—Fácil —dijo él—. Viniste a Carousel persiguiendo a algún chico—olvido su nombre—terminaste haciendo unas películas de terror que no fueron muy bien recibidas, seamos sinceros, pero tú eras lo mejor en ellas la mitad del tiempo. Terminaste siendo “descubierta”, como se dice en el negocio, por Salvatore Morowitz cuando te vio en La Última Probada, y ahora probablemente seas una de las actrices más famosas de Carousel.

Esa era una forma de expresar las cosas—una historia inventada basada en elementos de verdad. Ella había elegido su faceta de Celebridad después de La Última Probada, aunque técnicamente Sal, su agente ficticio, ya la representaba en la continuidad inventada de su carrera antes de que Gus mencionara eso. Pero dejaría eso pasar; las cosas estaban volviéndose un poco metaleve.

Supuse que eso era lo que ocurría. Gus reconoció a Kimberly como una Mirada Celebrítica.

Pero, en esa lógica, ¿sería posible que él supiera quién era yo? Yo también tenía una faceta meta relacionada con la realización cinematográfica, por lo que estaba seguro de que conocía mi identidad. Y no era por presumir; sino porque iba vestido exactamente como yo, con mi sudadera, jeans y hasta converse iguales.

Pero su atención estaba centrada en Kimberly.

Por divertido que esto fuera cuando lo comentáramos después en el loft, en ese momento, estábamos realmente asustados porque buscábamos algo que pudiera salir mal. Con cada respiración, escuchaba por si el llorón empezaba a sollozar, pero nunca lo hacía.

—Bueno, Gus —dijo Kimberly, señalando su cordón y la placa con el nombre al final, fingiendo que no lo había mirado justo en el fondo rojo— ¿puedes ayudarnos a encontrar algunas películas de hombres lobo? Quizá una que tenga lugar en una montaña.

Era una buena pregunta—una que parecía algo que él podría responder.

Cada sección de la tienda estaba marcada como Terror.

Qué útil.

Para su crédito, también tenían subgéneros listados.

Desafortunadamente, ninguno de esos subgéneros incluía hombres lobo. Eran cosas como romance, suspenso, misterio y crímenes. Ahí es donde se acababa nuestra pista. No sabíamos qué tipo de historia de terror debía tener esa película de hombres lobo. Afortunadamente, la mayoría de las películas de hombres lobo eran de terror directo y no tenían un truco demasiado llamativo en cuanto a género.

Aún así, si Gus podía ayudarnos, sería un alivio enorme—aunque no podría decir qué dios lo había enviado.

—¡Me encantan las películas de hombres lobo! ¿Vas a hacer una de hombres lobo? —preguntó Gus, aún enfocado en Kimberly—. ¿Estás aquí investigando? ¿Necesitas mi ayuda?

—Sí —respondió Kimberly—. Estamos investigando para una película de hombres lobo y necesitamos encontrar una que tenga lugar en una montaña.

—Bueno, no sé si podemos buscar por el lugar donde sucede —dijo Gus—. Y, lamentablemente, no organizamos las películas según el monstruo que aparece en ellas, pero estaré encantado de

ayudar.

Realmente exageraba con el rol del fan entusiasmado, y a pesar de que era un NPC normal en la pared roja, no podía evitar sentir que algo más ocurría. A diferencia de los demás NPCs, que nos miraban perplejos por lo que nos atábamos unos con otros, él aún no había mencionado nada.

Pero lo que realmente me hizo sospechar fue la forma en que me miró cuando se giró y nos hizo señas para seguirlo. Era una mirada llena de complicidad, acompañado de una sonrisa y todo, que duró solo un segundo—but he met his mirada with mine perfectly.

¿Me estaba generando ansiedad el cliché de “No me gusta aquí”? No, en absoluto. De hecho, desde que entramos en esta tienda, no había hecho ni un suspiro. Y dudaba que fuera mi intuición psíquica buscando una pista.

Lo que me alertó fue mi desconfianza innata hacia las personas, y no confiaba en aquel chico—aunque no lograba encontrar una razón objetiva para hacerlo.

Pero aún así, si alguna vez aspirábamos a salir de Carousel, no podíamos escapar de todo lo que desconfiábamos. Así que, cuando él se giró y se alejó con su actitud torpe, lo seguimos con cautela.

Y durante treinta minutos—exactamente treinta, ni uno más—Gus no hizo nada que me hiciera pensar que tenía malas intenciones. Solo nos guió por diversos pasillos, recogió cintas de hombres lobo y nos las mostró.

Y en esos treinta minutos, no encontramos nada. Afortunadamente, tampoco nos encontraron a nosotros.

“Espera un momento,” dijo Dina, y entonces logró señalar algo que, de alguna forma, habíamos pasado por alto en toda nuestra búsqueda. Con cada película de hombres lobo que Gus nos presentaba, no lo habíamos notado porque buscábamos en el lugar equivocado.

“Mira esto,” dijo ella. Agarró una película de la estantería y nos la mostró.

En la portada, había una hermosa reina vampira—casi despojada y definitivamente seductora. Pero eso no era lo que Dina quería que miráramos. Ella quería que observáramos a dos de los personajes que estaban en la portada, fuera del centro de la imagen. Solo reaccionaban con horror o asombro—no podía distinguir bien—hacia la figura central. Y, maldita sea, reconocí a uno de ellos.

Su nombre era Sam. No tenía mucha historia con él, aparte de que ambos estábamos atrapados en ese mundo de pesadilla, pero lo conocía. Era uno de los veteranos en el Campamento Dyer. Era un Aventurero—un arquetipo avanzado, originalmente un Atleta, un entusiasta de la salud que solía salir a correr todas las mañanas, desde que consiguió su primer cliché de explorador que lo hizo casi seguro hacerlo.

Estaba en la portada de esa película.

Eso no lo habíamos anticipado. Y aun mirando una tras otra las películas que Gus nos mostraba, no lo habíamos unido: las portadas de esas cintas VHS tenían personajes, y no solo los personajes originales de la película, sino también a los actores que los interpretaron en la última función.

Ni siquiera lo habíamos pensado, porque el Atlas no decía nada al respecto. Y más aún, habíamos pasado tanto tiempo mirando carteles de películas en esa pared de papel tapiz rojo—que no cambiaba según los actores en ellas—que nunca se nos ocurrió que las portadas en VHS podrían tener esa información.

Y esa simple revelación fue suficiente para que Dina preguntara: “Oye Gus, ¿podemos buscar películas por quiénes aparecen en ellas? Como, quiénes son los actores principales.”

“Por supuesto,” dijo Gus. “¿Cómo más iban a seguir a su actor favorito?”

Todos nos miramos y, de repente, comprendimos lo que Dina trataba de hacer. Era tan simple que nos sentimos tontos por no habernos dado cuenta antes. Para ser justos, ella tenía la edad suficiente como para haber ido a las tiendas de alquiler de películas durante buena parte de sus años formativos.

“¿Podemos ver todas las películas con Grace Varga?” preguntó ella.

Esas eran las pistas que teníamos. La enigmática acertijo de la Señorita Célia parecía encaminarnos hacia los Jugadores de Bolos. Asumimos que eso significaba que eventualmente tendríamos que investigar la historia en torno a la bolera, pero ¿y si significaba algo más?

¿Qué si fuera una pista que pudiera ayudarnos a no gastar días buscando entre la inmensa cantidad de películas en esta tienda?

¿Y si nos dirigieran hacia los jugadores de bolos porque fueron los últimos en interpretar esa historia de hombre lobo que buscábamos?

—Claro —dijo Gus—. Tendré que ir a buscar la lista en la parte de atrás, si me acompañas.

Y aquí empezó a comportarse nuevamente de manera extraña, porque parecía casi como si sus planes hubieran sido un poco alterados. Pero solo un poco.

Pero aún así, lo seguimos—esta vez a mayor distancia, por insistencia mía—mientras nos llevaba hacia la parte trasera de la tienda, un lugar desolado donde incluso algunas estanterías estaban escasamente pobladas.

Las luces titilaban en esa zona.

Y fue allí donde vi algo que no buscaba.

Al fondo de la tienda, había una puerta estrecha que daba a un pasillo. Justo enfrente había otra puerta cerrada, con un cartel de película, lo cual no era tan sorprendente porque la mayoría de los lugares tenían carteles en sus entradas en este sitio. Pero destacaba porque en ese cartel había un

ojo grotesco, con los nervios y todo adherido.

La película se titulaba Archivo Esotérico, aunque eso no importaba.

Hacia la izquierda se encontraba una escalera que subía, pero no hacia la segunda planta de películas; esa escalera estaba en el centro del local. Además, la puerta llevaba un cartel que decía "Solo empleados".

A la derecha de la puerta con el cartel del ojo, podía distinguir otra escalera que bajaba hacia la oscuridad.

Gus subió las escaleras.

Mientras comenzaba a subir corriendo, noté que pasaba frente a otro cartel: uno más, que adornaba las paredes. Era uno de muchos, rotos por el paso de quienes subían y bajaban las escaleras. Pero, entre todos, vi uno en particular, justo fuera de mi campo visual.

Empecé a avanzar, esforzándome por estirar el cuello y poder ver más allá arriba, para examinar mejor ese cartel de película que parecía llamarme de una forma que no podía captar en el papel tapiz rojo ni en ningún otro lugar.

Me llamaba porque lo reconocí solo con mirar su esquina, la esquina inferior derecha. Y al acercarme, supe qué era. Era diferente a todos los demás. Puro, intacto, literalmente pegado encima de algunos de los que ya estaban colgados en ese pequeño pasillo que subía las escaleras.

Ese cartel no tenía título, solo un espacio en blanco lleno de guiones bajos, como si aún no se hubiera escrito el título.

La foto fue tomada frente a una atracción de feria. Mostraba a tres personas: dos adultos y un niño: un hombre, una mujer y un niño.

Los conocía bien, porque uno de ellos era yo. Esa imagen había estado colgada en nuestra casa cuando era niño.

Mis padres. En un cartel sin terminar, para una película.

Carousel me había estado tentado durante tanto tiempo, y ahora me lo mostraba a mí.